

Grecia

El referéndum de la dignidad

Javier Álvarez Dorronsoro

8 de julio de 2015

Alguien dijo que la indignación había vencido al miedo. Habría que matizar esta formulación para acercarla a lo que realmente ha sucedido: la *dignidad* y la indignación han vencido al miedo. Y no ha sido porque los ingenieros del miedo se hayan quedado cortos en sus intentos. Nada más conocer la convocatoria del referéndum, el presidente de la Comisión Europea lanzó la consigna: el voto «no» significa la salida del euro y ¿por qué no? también de la Unión Europea.

«Juncker miente», clamó Iñaki Gabilondo, una de las pocas voces honestas que se mueven en los alrededores del periódico que fue en otros tiempos icono de las libertades. Los partidos (exceptuando a Podemos e Izquierda Unida y algunas otras plataformas populares) y la mayoría de comentaristas y medios de comunicación repitieron como papagayos la consigna de Juncker. Realmente estaban mucho más atemorizados que el pueblo griego. Les asusta el ejercicio de la democracia en la Unión Europea.

En 2011 lograron meter el miedo en el cuerpo a Papandreu y le obligaron a desdecirse del intento de celebrar un referéndum, pero ahora las condiciones eran otras. Este cambio fue percibido muy certeramente por uno de los representantes de la derecha lúcida de nuestro país. Vale la pena reproducir las palabras de José Antonio Zarzalejos, escritas un día antes del referéndum:

«Sin un marco internacional, en términos de opinión pública y publicada,

más poroso [que en 2011] a admitir que desde Bruselas se ha actuado con despotismo, la capacidad de Tsipras para enfrentarse al statu quo europeo hubiera sido menor y le habría ocurrido lo que a Papandreu. El primer ministro griego y su partido puede que terminen como todos los amotinados, en la horca o el paredón de fusilamiento, pero el episodio del referéndum de mañana es el primero que incorpora una cierta épica en el escenario europeo [...]. Los grandes vuelcos políticos se han producido en la historia por leer e interpretar mal el signo de los acontecimientos. Y es inquietante que pocos reparen en que Tsipras ya ha conseguido una enorme victoria con la mera celebración del referéndum porque se han dado unas inéditas condiciones internacionales para que nadie osara evitarlo como en 2011».

Cabe añadir que este cronista de *El Confidencial* y asiduo tertuliano de la Cadena SER fue de los pocos que anticiparon la victoria del «no». Hay mucha gente que le tiene ganas a la troika y votará en contra, argumentaba.

Pero la valentía y la dignidad no son valores que coticen en estos momentos. Si la consigna de Juncker se evidenció como una falacia, la indignación ha seguido acompañando a la élite política de Bruselas. El pueblo griego no puede irse de rositas después de haber desobedecido los dictados de los gerifaltes de la Unión Europea. Hay que castigarle como sea, ponerle las cosas más difíciles todavía, ya que en otro caso ¿qué sucedería si los Gobiernos se animaran a consultar a sus pueblos ante políticas antisociales salidas de las instituciones europeas? ¿No es pre-

ferible hacer lo que hizo el presidente Zapatero al aprobar con *nocturnidad* y *alevosía* un cambio en la Constitución, justificándolo con la cantinela de que estábamos al borde del abismo? Probablemente hoy más de un militante del PSOE se estará preguntando por qué Zapatero no tuvo la dignidad de hacer lo que ha hecho Tsipras: si tenía que poner en práctica una política contraria a aquélla por la que había sido elegido, ¿por qué no puso su cargo a disposición de los votantes?

Probablemente, el temor a ser evaluado por el parámetro de la dignidad es lo que ha conducido a Pedro Sánchez y su equipo a ensañarse con el Gobierno de Atenas y tacharlo de irresponsable, de nacionalista o de lo que sea, todo vale.

Para evaluar con justeza la deriva que están sufriendo la *política* y la *democracia* en la Unión Europea parece que había que estar un poco alejado del «mundanal ruido» que el referéndum produjo en nuestro país y de los mezquinos intereses de los equipos dirigentes de Bruselas. Así, mientras Jürgen Habermas clama que son los ciudadanos y no los acreedores quienes deben decidir sobre el futuro de la Unión Europea, el Premio Nobel Joseph Stiglitz desvela la naturaleza del problema cuando afirma que, aunque el episodio puede parecer la etapa final de un largo y amargo forcejeo entre deudores y acreedores, lo cierto es que los líderes europeos, finalmente, han revelado la verdadera naturaleza de la contienda en curso sobre la deuda con una conclusión particularmente desalentadora: la disputa tiene mucho más que ver con poder y democracia, que con economía y dinero. ■